## Victor Hugo

# Claro de Luna[1]

---

Per amica silentia lunae. [2]
Virgilio

Era clara la luna y jugaba en el agua.
La ventana ya libre está abierta a la brisa,
la sultana se asoma y a lo lejos el mar
al romper borda en plata los islotes negruzcos.

De sus dedos se escapa la vibrante guitarra.
Oye un ruido apagado que despierta los ecos.
¿Una nave turquesa que procede de Cos (3),
con sus tártaros (4) remos por el griego archipiélago?

¿O son cuervos marinos descendiendo hasta el agua,
que resbala en sus alas al volar como perlas?
¿Es un djinn (5) que en los aires silba con voz aguda
y que al mar precipita las más altas almenas?

¿Quién así turba el agua cerca del gran serrallo?
Ni es el cuervo marino, ni las olas mecidas,
ni las piedras del muro, ni el batir cadencioso
de una nave que avanza por el mar con sus remos.

Son tan sólo unos sacos, dentro se oyen sollozos.
Si sondearan el mar, dentro de ellos veríase
como formas humanas que se agitan convulsas.
Era clara la luna y jugaba en el agua.

De «Las orientales»

# A Virgilio

---

¡Oh, Virgilio! ¡Oh, poeta, mi divino maestro!
Ven, salgamos por fin de esta triste ciudad
de clamores siniestros y tan vanos, gigante
incapaz de cerrar ni un momento sus párpados,
y que encauza la espuma de un gran mar en sus piedras,
la pequeña Lutecia en la edad de los césares,
y que hoy, llena de carros, tiene más resplandor,
con el nombre brillante que hoy el mundo le da,
que la Atenas de antaño, y más ruido que Roma.

Para ti que en los bosques, como el agua del cielo,
haces que de hoja en hoja caiga un verso secreto,
para ti, cuya hondura llena mi ensueño vago,
he encontrado allí donde ríen hierbas y flores,
entre Buc y Meudon (6), olvidada de todos
—y si digo Meudon, tú imagínate Tívoli (7)—,
mi poeta, he encontrado un castísimo valle (8)
que se mezcla al azar con risueñas colinas,
un asilo amistoso para ocultos amantes (9),
hecho de aguas dormidas y ramaje encorvado,
donde el sol baña en vano con sus rayos sin número
esta gruta y el bosque, fresco amparo de sombra.
Para ti lo he buscado, orgulloso y alegre,
con amor en el pecho y en los ojos el alba;
para ti lo he buscado en la dulce compaña
de quien todo secreto de mí mismo conoce,
y que, sola conmigo en la espesa floresta,
si yo fuera tu Galo ella fuese mi Lícoris (10).

Porque en ella hay la flor grande y pura, el amor
misterioso y sin tiempo de la naturaleza.
Se complace, maestro, al igual que nosotros,
en las voces suavísimas, el rumor de los nidos
tan alegres que sale de los bosques oscuros,

en el lago espejeante al revés las colinas,
y ya cuando el poniente ha perdido el color,
los pantanos que turban las pisadas intrusas,
y la humilde cabaña y la cueva que oculta
el verdor de la hierba, y que a mí me parece
una boca que se abre con terror para el grito,
y las aguas, los prados, las montañas, las chozas
y el inmenso horizonte inundado de brillos.

¡Oh, maestro! Ya estamos en la dulce estación
de la hierba doncella, y así, pues, si consientes,
cada noche, escuchando el rumor de la fronda
sin que un eco despierten nuestros pies temerarios
vagaremos los tres, mejor dicho, los dos,
por lo agreste del valle, visionarios de aquella

soledad, sorprendiendo su secreto semblante.
Y en el fosco calvero donde el árbol nudoso
es de noche un perfil entre el monstruo y el honabre,
dejaremos humear una hoguera que vaya
lentamente apagándose sin pastor que la avive,
y tendiendo el oído a sus vagas canciones,
en la sombra y al claro de la luna, a través
de las brechas veremos a hurtadillas los sátiros
danzarines que imita aquel tu Alfesibeo (11).

# De «Las contemplaciones»

---

Sale al campo el poeta; allí admira y adora
escuchando la lira que en su pecho resuena;
cuando ven que se acerca, hete aquí que las flores,
las que pálido dejan el color del rubí,
más vistosas incluso que los pavos reales,
o, doradas o azules, las minúsculas flores,
le reciben moviendo en el aire sus tallos,
se ensimisman, coquetas, sin dejar de mirarlo,
y, beldades al fin, dando cierta confianza.
—Mira, dicen, ahí viene quien suspira por vernos.
Y entre luces y sombras, y entre voces confusas,
esos árboles altos habitantes del bosque,
cual profundos ancianos, arces, tejos y tilos,
sauces llenos de arrugas, venerables encinas,
olmos negros con musgo que se pega a su cuerpo,
como ulemas (12) sumisos al pasar el muftí (13),
le saludan rendidos inclinando hasta el suelo
sus cabezas de fronda y sus barbas de hiedra
contemplando su frente de fulgores serenos
y susurran: ¡Es él! ¡Es aquel soñador!

# A André Chénier (14)

---

Sí, mi verso bien puede, sin temor de ir a menos,
adoptar de la prosa la llaneza de estilo.
Es verdad, André, yo a veces mezclo risas al canto.
¿Que por qué? Siendo joven y al tratar de leer
en el libro espantable de las aguas y bosques
yo vivía en un parque (15) muy sombrío en el cual
parloteaban los pájaros, donde el llanto sonreía

en los ojos azules de la hierba doncella.
Cierto día en que yo solitario soñaba
entre el verde ramaje, un pardillo encargado
de la crónica agreste fue a decirme: También
hay que andar por la tierra. La Natura es burlona
si rodea a los hombres; oh, poeta, tus cantos,
pues los nombras así, fueran más parecidos
deshinchando la voz. Porque piensa que el bosque
desde luego suspira, mas también silba a veces.
El azul brilla cuando lo desgarra la risa.
No decae el Olimpo cuando ríe a sus anchas;
no, no creas que mengua del poeta el talento
cuando dejas pasar entre dos versos nobles
una alada palabra danzarina sin más.
Porque no es un llorón el delirio del viento;
como el mar y sus olas no desgranan romanzas.
Entre siglos y noches la creación hermanando
lo risueño y lo grave, Rabelais y Alighieri,
el siniestro Ugolino (16) al titán Grandgousier (17),
une al llanto del mundo risotadas inmensas.

# Lise

---

Yo tenía doce años; dieciséis ella al menos.
Alguien que era mayor cuando yo era pequeño.
Al caer de la tarde, para hablarle a mis anchas,
esperaba el momento en que se iba su madre;
luego con una silla me acercaba a su silla,
al caer de la tarde, para hablarle a mis anchas.

¡Cuánta flor la de aquellas primaveras marchitas,
cuánta hoguera sin fuego, cuánta tumba cerrada!
¿Quién se acuerda de aquellos corazones de antaño?
¿Quién se acuerda de rosas florecidas ayer?
Yo sé que ella me amaba. Yo la amaba también.
Fuimos dos niños puros, dos perfumes, dos luces.

Ángel, hada y princesa la hizo Dios. Dado que era
ya persona mayor, yo le hacía preguntas
de manera incesante por el solo placer
de decirle: ¿Por qué? Y recuerdo que a veces,
temerosa, evitaba mi mirada pletórica
de mis sueños, y entonces se quedaba abstraída.

Yo quería lucir mi saber infantil,
la pelota, mis juegos y mis ágiles trompos;
me sentía orgulloso de aprender mi latín;

le enseñaba mi Fedro, mi Virgilio, la vida
era un reto, imposible que algo me hiciera daño.
Puesto que era mi padre general, presumía.

Las mujeres también necesitan leer
en la iglesia en latín, deletreando y soñando;
y yo le traducía algún que otro versículo,
inclinándome así sobre su libro abierto.
El domingo, en las vísperas, desplegar su ala blanca
sobre nuestras cabezas yo veía a los ángeles.

De mí siempre decía: ¡Todavía es un niño!
Yo solía llamarla mademoiselle Lise.
Y a menudo en la iglesia, ante un salmo difícil,
me inclinaba feliz sobre su libro abierto.
Y hasta un día, ¡Dios mío, Tú lo viste!, mis labios
hechos fuego rozaron sus mejillas en flor.

Juveniles amores, que duraron tan poco,
sois el alba de nuestro corazón, hechizad
a aquel niño que fuimos con un éxtasis único.
Y al caer de la tarde, cuando llega el dolor,
consolad nuestras almas, deslumbradas aún,
juveniles amores, que duraron tan poco.

# De «Las contemplaciones»

---

Feliz es quien se ocupa del eterno destino
y, viajero que parte con las luces del alba,
se despierta, aún el alma pululante de sueños
y ya desde la aurora reza y lee. Nace el día
lentamente, a medida que adelanta en las páginas,
y amanece en el cielo y en su mente a la vez.
Claramente distingue en aquella luz pálida
lo que existe en su alcoba, lo que existe en sí mismo;
todo duerme en la casa , él supone estar solo
y no obstante , sellando con un dedo sus labios,
a su espalda, y al tiempo que él se embriaga con éxtasis
sobre el libro se inclinan sonrientes los ángeles.

## Victor Hugo

# Victor Hugo: De «Las contemplaciones»

Él decía a su amada: Si pudiéramos ir
los dos juntos, el alma rebosante de fe,
con fulgores extraños en el fiel corazón,
ebrios de éxtasis dulces y de melancolía,
hasta hacer que se rompan los mil nudos con que ata
la ciudad nuestra vida; si nos fuera posible
salir de este París triste y loco, huiríamos;
no se adónde, a cualquier ignorado lugar,
lejos de vanos ruidos, de los odios y envidias,
a buscar un rincón donde crece la hierba,
donde hay árboles y hay una casa chiquita
con sus flores y un poco de silencio, y también
soledad, y en la altura cielo azul y la música
de algún pájaro que se ha posado en las tejas,
y un alivio de sombra... ¿Crees que acaso podemos
tener necesidad de otra cosa en el mundo?

# De «Las contemplaciones»

Adquirió la costumbre cuando aún era muy niña
de entrar cada mañana un ratito en mi cuarto;
la esperaba lo mismo que a la luz de la aurora;
ella entraba y decía: Buenos días, papá;
y cogía mi pluma y hojeaba mis libros,
se sentaba en mi cama, revolvía papeles,
se reía; de pronto decidía marcharse
como haciéndome ver que era un ave de paso.
Reanudaba yo entonces, algo menos cansado,
mi tarea, y a veces, cuando estaba escribiendo,
entre mis manuscritos encontraba algún raro
arabesco bien suyo, y a menudo arrugadas
muchas páginas blancas donde, no sé por qué,
versos míos nacían de una música dulce.
Dios, las flores, los astros y los prados amaba,
era más un espíritu que una simple mujer.
En sus ojos había claridades de su alma,
me pedía consejo sobre todas las cosas.
¡Cuántas noches de invierno deliciosas, radiantes
conversando de historia, de gramática y lengua,
apiñados los cuatro junto a mí, muy cercana
de mis hijos su madre, y a la vera del fuego
un corrillo de amigos! ¡Yo llamaba a esta vida
contentarse con poco! ¡Y pensar que ella ha muerto!
¡Ay de mí, Dios me asista! Yo no pude tener
alegría jamás viendo en ella tristeza;

taciturno quedaba en mitad de los bailes
de haber visto al salir una sombra en sus ojos.

Noviembre de 1846, día de difuntos.

# Veni, vidi, vixi (18)

---

Demasiado he vivido, ya que en medio de lutos
ando sin encontrar el apoyo de un brazo,
ya que apenas sonrío cuando estoy entre niños,
ya que ver unas flores ni siquiera me alegra.

Ya que cuando en abril Dios convida a su fiesta,
taciturno presencio tan espléndido amor;
porque ya soy un hombre que rehuye la luz
y que siente de todo la tristeza secreta.

Ya que ha sido vencida la esperanza en mí mismo;
ya que en esta estación de perfumes y rosas
¡oh, hija mía! (19), suspiro por tu oscuro reposo.
Muerto está el corazón, demasiado he vivido.

No he querido negarme al quehacer en la tierra.
¿Surco propio? Aquí está. ¿Mi gavilla? Ésta es.
Sonriendo he vivido, cada vez más humano,
siempre en pie, más mirando hacia donde hay misterio.

Hice cuanto podía: he servido, he velado,
se han reído a menudo de mi pena y esfuerzo.
Me asombraba saber que era objeto del odio
tras de mucho sufrir, tras de mucho trabajo.

En la cárcel terrena donde no hay ala abierta.
sin quejarme, sangrando y caído por tierra,
triste, exhausto, el escarnio de los otros forzados
yo llevé mi eslabón de la eterna cadena.

Pero ahora tan sólo entreabro los ojos,
ni me vuelvo siquiera cuando me oigo nombrar;
el hastío y el pasmo me dominan, como alguien
que abandona su lecho sin haberse dormido.

En mi amarga pereza no me digno increpar
a la boca envidiosa que conmigo se ensaña.
¡Oh, Señor! Que las puertas de la noche se me abran,
para que al fin me vaya, para que me oscurezca.

# De «Las contemplaciones»

---

Con el alba, mañana, cuando el campo blanquee,
voy a irme. Sé bien que me estás esperando.
Andaré por los bosques, cruzaré las montañas.
Porque lejos de ti ya no puedo seguir.

Andaré con los ojos fijos en lo que piense,
sin ver nada de fuera, sin oír ningún ruido,
solitario, encorvado, con las manos cruzadas,
triste, anónimo, el día será igual que la noche.

No veré ni los oros de la tarde que cae,
ni a lo lejos las velas dirigiéndome a Harfleur,
y al llegar dejaré en tu tumba unas ramas
del acebo más verde y de brezos en flor.

# De «Las contemplaciones»

---

Caía de la roca el manantial
gota a gota en el pavoroso mar.
El océano que es fatal al nauta,
le dijo: Di, llorona, ¿tú que quieres?

Yo soy la tempestad, soy el espanto;
termino allí donde comienza el cielo.
¿Te necesito acaso siendo tú
tan pequeña cuando yo soy inmenso?

Respondió el manantial al mar amargo:
Sin gloria y sin estrépito te doy,
oh vasto mar, lo que tú nunca tienes:
un poco de agua para que alguien beba.

# Victor Hugo: El mendigo

---

Era un pobre que andaba en la escarcha y el viento.
Golpeé mi cristal; se detuvo delante
de mi puerta, que abrí con un gesto cortés.
Regresaban los asnos del mercado del pueblo,
con labriegos sentados en las toscas albardas.

Era el viejo que vive en aquella casucha
que está al pie de la cuesta, y que sueña esperando,
solitario, una luz de ese cielo tan triste,
de la tierra unos céntimos, el que tiende sus manos
hacia el hombre y las junta conversando con Dios.
Le grité: Puede entrar y caliéntese un poco.
Quise saber su nombre. Él tan sólo me dijo:
Yo me llamo el mendigo. Le cogí de la mano:
Adelante, buen hombre. Y ordené que trajeran
una jarra de leche. El anciano temblaba
por el frío; me hablaba, mientras yo, pensativo,
aunque hablándole, no conseguía escucharle.
Viene todo empapado, dije, tienda su ropa
aquí junto al hogar. Se arrimó más al fuego.
Vi su abrigo comido por polillas, que antaño
fuera azul, desplegado al calor de las llamas,
con mil puntos brillantes agujeros de luz
que mostraba el fulgor, ante la chimenea
como un cielo nocturno salpicado de estrellas.
Y entretanto secaba sus andrajos, chorreantes
de la lluvia y del agua de las hondas barrancas,
le veía como alguien que rebosa oraciones
y miraba, insensible a lo que ambos decíamos,
su sayal, refulgente de mil constelaciones.

# Ave, dea, moriturus te salutat

---

A Judith Gautier

La belleza y la muerte son dos cosas profundas,
con tal parte de sombra y de azul que diríanse
dos hermanas terribles a la par que fecundas,
con el mismo secreto, con idéntico enigma.

Oh, mujeres, oh voces, oh miradas, cabellos,
trenzas rubias, brillad, yo me muero, tened
luz, amor, sed las perlas que el mar mezcla a sus aguas,
aves hechas de luz en los bosques sombríos.

Más cercanos, Judith, están nuestros destinos
de lo que se supone al ver nuestros dos rostros;
el abismo divino aparece en tus ojos,

y yo siento la sima estrellada en el alma;
mas del cielo los dos sé que estamos muy cerca,
tú porque eres hermosa, yo porque soy muy viejo.

# Notas

1. El poema parece inspirado en El ingiel (1813) de Byron, donde Hassan hace ahogar a su mujer, Leila, por haberse enamorado de un cristiano.

2. «Con el silencio cómplice de la luna.» (Eneida, II, 255).

3. Isla griega del Dodecaneso, cerca de la costa de Turquía.

4. El poeta usa tártaro como sinónimo de turco.

5. En la poesía árabe, genios o espíritus de la noche.

6. Lugares del valle del Bièvre, donde se compuso este poema, en las cercanías de París.

7. Lugar de veraneo de los antiguos romanos, no lejos de Roma.

8. El del Bièvre.

9. Victor Hugo y Juliette Drouet.

10. Personajes de la égloga décima de Virgilio.

11. Pastor que en la égloga quinta de Virgilio trata de imitar a los sátiros danzarines.

12. Los ulemas son doctores de la ley mahometana.

13. Los muftíes son altos dignatarios musulmanes.

14. Es el poeta guillotinado en 1794 y cuyas obras dio a conocer Henri de Latouche en vísperas de la eclosión del movimiento romántico.

15. El jardín parisiense del antiguo convento de las Feuillantines, donde Victor Hugo y sus hermanos jugaban en su niñez.

16. En el canto 33 de la Divina Comedia aparece este personaje histórico que vivió en la Pisa del siglo XIII, y que según una tradición que recoge Dante murió de hambre en una prisión después de haber intentado devorar a sus propios hijos.

17. Personaje de Gargantúa y Pantagruel de Rabelais, gigante bondadoso que personifica la glotonería.

18. «Llegué, vi y viví», sobre el model de la famosa frase atribuida a César: «Veni, vidi, vici» (Llegué, vi y vencí).

19. Su hija Léopoldine, muerta en 1843 a los diecinueve años.